



Posando

de cuerpo entero y medio perfil con su natural prestancia, tan acorde con el ambiente fastuoso de nuestro comedor de maderas nobles y cortinones de brocado — donde, representando a un caballero con toda la barba ataviado con el traje de húsar que una vez acortadas las mangas le quedaba maravillosamente bien, lucía imponente del todo bajo la luz de las arañas venecianas — pero tan fuera de lugar en contextos en los que, por problemas logísticos que aparecían a última hora y se hacía necesario solventar de forma a veces no poco chapucera, le tocaba desempeñar cualquiera de los tantos oficios indignos que todos salvo muy contadas excepciones despreciaban.

Se giraba entonces por completo hasta quedar, aun manteniendo la cabeza bien erguida, totalmente de espaldas y, cuando se le pedía que por favor no exagerase, todavía la echaba un poco más hacia atrás de manera que se le veía la incipiente calva.

¿Había que ponerse así?

No era asunto suyo saber cómo había o no que colocarse; respondía, con sequedad y tan tieso.

¿Por qué adoptaba aquella actitud?

Ignoraba, aducía, cuál pudiera ser la que mejor se adecuara a un individuo que ejercía tal o cual profesión tan vergonzante.

“*Tal o cual, no*”, se le reconvenía. *Estábamos* hablando de una profesión muy precisa.

Y tanto, recalcaba él con amargura abundando, acto seguido, en que hasta tal extremo necesaria que no había que preocuparse: *alguien, antes o después*, terminaría *doblando el espinazo...*

Pero las tareas ya estaban *en esta ocasión, por favor, entiéndelo* asignadas y todo el mundo hasta el cuello de trabajo; ¿no sería lo natural que él, recién llegado y todavía sin una plaza en prop...

¡Que no!

Estaba bien, pero, ¿qué era lo que quería entonces?

Silencio obstinado.

¿No ser nadie?

Poniéndole en bandeja — sin saberlo o adrede porque como todos los un poco canallas solía *el muy truhan*,

como decía esponjado el abuelo, caer bastante bien — la ocasión que sabía él no desdeñar de lucirse con un *¡¡¡Cielos, pues claro que no!!!*

Y que, precisamente, todo lo contrario.

Causando admiración en este punto, entre las jovencitas, lo muy de prisa que aprendía el más pequeño de los primos: Roberto.

Y es que entre las de tercero B — o entre su mayor parte al menos — ser Nadie era algo que estaba, abiertamente, muy bien visto.

¿Por qué?

Pues porque daba mucha libertad y a quién no le gusta ser libre y, como siempre dijo Claudia Retuerto, hacer de su capa un sayo.

Nadie podía decir lo que le viniera en gana. Nadie podía ir y venir a su antojo de y adonde le pareciese oportuno. Nadie podía comerse los yogures que Basilia compraba cada día para la tía Nines — cero por ciento de materia grasa — o gastar las pasas de Corinto o la miel o las nueces que les añadía y «yo, con esto, así ligerito, me voy a la cama tan conforme». Nadie podía, en definitiva, hacerlo prácticamente todo.

¿Iba a haber así las cosas quien quisiera serlo — y doña Merceditas marcaba una pausa mirando de hito en hito a sus pupilas antes de añadir, en aquel tono tan peculiar que empleaba cuando se quería camelar a... qué menos, haciéndose una composición de lugar rápida, que un par de ellas o tres — o tendríamos que ofrecerle esa bicoca a las de... digamos tercero A?

– ¡Pero las de tercero A son nuestras eternas rivales!

– ¡Pues ahí tenéis! — exultante doña Merceditas.

Pero, en fin, considerando astutamente la conveniencia de *no pretender, ¡en absoluto!, influenciaros* que, a ella, como *podéis* comprender le daba lo mismo: «la decisión es vuestra».

Pero, ¿era tan en verdad tan chollo ser ese Nadie que doña Merceditas les pintaba o, muy por el contrario, Nadie se vería condenado a vivir en un estado de frustración constante?

—Porque, vamos a ver — planteaba Cristinita Manrique, contumaz antagonista de la Retuerto —: Nadie querrá desatascar los retretes, ¿no es verdad?

La respuesta parecía a todas luces obvia.

—Y, decidme — entornando los ojillos la Manrique, retadora —: ¿Quién será empero quien los desatasque?

Y que ¡pues ahí teníamos!

Y que Nadie querría enterrar a los muertos — ahí era donde se hacía fuerte el primo Roberto —, pero, preguntaba, quién tendría que hacerlo.

Nadie querría ser, ponía por caso, una esposa ultrajada. Bueno, pues se tendría que quedar con las ganas porque la agraviada iba a ser Alguien.

O que echásemos si no la vista atrás y «haced memoria», instaba.

Nadie deseó, desde que el mundo es mundo, asumir responsabilidades; pero las responsabilidades, paradójicamente, terminaban siendo, ¡siempre!, asumidas por Alguien.

Y Alguien tendría que cuidar a los ancianos y padecer enfermedades, y pasar dificultades y estrecheces; y ser quien diera las malas noticias o, dado el caso, los buenos días a los vecinos desagradables que, por cierto, abundaban y seguirían abundando porque siempre hay gente a quien parece gustarle ser odiosa.

Alguien sería, en definitiva, quien a la postre fuese el hacedor o la hacedora de todo aquello que tanto ansiara llevar a cabo Nadie; Alguien sería, en resumidas cuentas, quién se llevara el gato al agua y los honores de haber contribuido a una serie de logros y de avances que Doña Escolástica enumeraba de corrido y llena de pasión en su afán de transmitir a sus alumnas, las de tercero A, el deseo incontenible de ser ellas, ¡¡vosotras!!, las que pasasen no ya a la insignificante historia con minúscula *de nuestra pequeña comunidad con nuestras pequeñas historias* — les decía, cargada de desprecio su voz áspera — *tan simples y tan pequeñas y tan sencillas* sino, y ahí las quería ella ver empleándose a fondo porque, maldita fuese, ¡¡¡tenemos que ganar!!!, a la otra, la Historia grande y con mayúscula en la que *sólo entran los que se ponen manos a la obra y hacen;*

porque esos son Alguien en tanto que... ¿qué hace, sin embargo, Nadie?

Y que pues perder un tiempo precioso en querer y poder y desear... *Abstracciones todo, en conclusión, decía: y nada más.*

En fin, que era tal la demanda de personal si era doña Escolástica la que vencía y tantas las solicitudes de efectivos si era doña Merceditas la que ganaba, que había que estar convocando oposiciones continuamente.

Nadie sobraba, sin embargo; te asomabas cada mañana a la ventana y ¡Nadie!, Nadie por todas partes queriendo las cosas más inverosímiles y dando codazos y empujones para ser el primero en llegar al mostrador donde se presentaban las instancias difíciles de satisfacer porque Nadie quería amor, Nadie quería dinero, Nadie quería salud, Nadie quería saber el para qué de la vida, Nadie quería ser feliz en tanto que, en el mostrador donde se presentaban las peticiones fáciles de alcanzar, la mañana del funcionario discurría lenta y monótona, y el hombrecillo se desesperaba sin saber cómo deshacerse de tanto género al que no era posible dar salida por razones tan tontas como que nadie quería ser ignorado, nadie quería ser odiado, nadie quería ser rechazado, nadie quería ser feo o gordo u oler mal o tener los pies planos... *¡¡¡hombre, por Dios!!!*, clamaba el hombre, *que se acerque a mi ventanilla alguien.*

Y Alguien, fuera por amabilidad o por entregar la documentación y largarse de una maldita vez, terminaba acercándose.

¡Pero nunca era el primo Roberto!

Las tías estaban muy preocupadas y no hacían más que poner conferencias al pueblo dando cuenta a los padres de que *este chico*, no había forma de hacer carrera de él, *de veras*; y que si no era un verdadero disparate, un error imperdonable, pudiendo tener un destino, suyo, en propiedad y tan seguro, andar siempre de interino y haciendo suplencias.